



«No es nada descabellado pensar en docenas de miles de profesionales de ambos sexos que cada año se desplazarán a otros países europeos o a otros continentes»

VLDC («very long distance commuting»)

El encaje entre un trabajador y un puesto de trabajo no es sencillo, como lo demuestran las elevadas tasas de desempleo estructural que se observan en determinadas economías, la española entre otras. Ni siquiera cuando las tareas que se van a desempeñar son sencillas o requieren cualificaciones medio-bajas está garantizado que se produzca un emparejamiento rápido y poco costoso entre ambos extremos, ya que factores tan idiosincráticos como la disponibilidad a la movilidad, apoyada en salarios de reserva (prestaciones de desempleo) de cierta entidad, pueden interponerse entre lo que de otra manera sería un ajuste forzado por la necesidad de encontrar una fuente estable de ingresos.

Con el concurso de las comunicaciones físicas y las virtuales, se han ido resolviendo muchos de los problemas que exigían una cercanía estricta entre los lugares de residencia y de actividad laboral o profesional, pero quedan muchos rasgos culturales que impiden una mayor disponibilidad a la movilidad física para la búsqueda de un empleo. Los *commuters* que recorren cada día docenas o cientos de kilómetros para desplazarse a sus trabajos son cientos de miles en la actualidad en las grandes ciudades del mundo y cada vez más los trabajadores, profesionales y directivos que pueden trabajar en su casa, reduciendo la necesidad de espacios de oficinas, limitando el consumo de energía y ahorrando horas para todos.

Las migraciones internacionales son la manifestación más clara de una gran disposición a la movilidad y la han venido practicando millones de individuos y familias sistemáticamente, a pesar de las barreras, desde los trabajadores menos cualificados hasta los más cualificados. En la década pasada, se constató un fenómeno sorprendente: el de miles de surcoreanos que desplazaban a sus familias a las grandes capitales occidentales,

especialmente europeas, quedando ellos en sus puestos de trabajo, visitando a sus familias los fines de semana en una especie de *commuting* semanal de muy larga distancia. De esta forma, evitaban a sus familias el estrés de una vida profesional muy dura y una escolarización de sus hijos aún más estresante que el trabajo, aunque no está claro a qué precio para la cohesión familiar, no obstante.

Lo que sí está claro es que encontrar un buen trabajo ya no va a ser tan fácil para los jóvenes españoles y, muy probablemente, asistiremos a un ciclo creciente de emigración de españoles a otros países. No es nada descabellado pensar en docenas de miles de profesionales de ambos sexos que cada año se desplazarán a otros países europeos o a otros continentes, repitiendo el éxodo laboral de los años sesenta y setenta, aunque con algunas diferencias respecto a aquella emigración de maleta de cartón atada con cuerdas y ferrocarriles atestados y prehistóricos.

La principal de estas diferencias radica en que serán titulados universitarios y profesionales cualificados los que nutrirán este nuevo éxodo. Sin saberlo, para ello se han preparado las nuevas generaciones de españoles, aunque el poco éxito en el manejo de idiomas que arrastran o la excesiva protección hogareña de la que han disfrutado les haga pensar que la expatriación no es lo suyo. No tendrán más remedio que adaptarse. A partir de ahora, para un número creciente de españoles, los *city breaks* del fin de semana se pasarán en casa de los padres y la semana laboral a miles de kilómetros de distancia. Una cierta diferencia con los estilos de vida practicados hasta ahora, sin duda, pero una distancia abismal respecto a las condiciones en las que se producía la emigración masiva de los años sesenta que sufrieron sus padres y abuelos ::

JOSÉ ANTONIO HERCE
es socio-director de Economía
Aplicada y Territorial de
Consultores de Administraciones
Públicas (Afi).
E-mail: jherce@afi.es